

llevaban así el compás de la música; aquel canto bello concluyó por irritar a José Ramón. Se imaginó muchas cabezas, saludándole y muchos cuerpos balanceándose de uno al otro lado con el ritmo de la música. Reconoció el canto y empezó a pensar en él sin poderlo olvidar más, y entonces lo cautivó e ingenuamente pensó en el maravilloso cerebro que deben tener los músicos para componer la música. Sus pensamientos pasaron a un cuadro que él había visto de un hombre con un violín, debajo de la barba. Inconscientemente buscó una posición cómoda porque le dolía la espalda de estar encorvado. Al ver la cama mortuoria sintió el recuerdo de la primera vez que la había visto; ella andaba paseando a lo largo del camino con Cabarga; era un domingo por la tarde, los dos andaban con las manos estrechamente unidas. Cuando ellos le habían visto, habían parecido sorprendidos y súbitamente avergonzados. Habían reído con una risa emocionada para ocultar su turbación, y él recordó también que no le habían dirigido la palabra. Luego con una disimulada sonrisa de buen humor y un maduro sentimiento en su interior había pensado que: «La gente joven siempre es así»... y recordó otros días en que la había encontrado con Cabarga y por fin como había venido en él la convicción de que podía casarse con ella y luego como había empezado a seducirla, tal como si hubiese pensado en comprar una pareja de bueyes o celebrar un contrato para la corta del maíz. Hasta el día en que se hubo casado con ella, él se sintió como el comprador que tiene su compra y conoce cada recodo y curva del camino por donde marcha.

Se oyó una fuga en la cocina con el ruido de unos pies que se dirigían hacia la puerta. La aldaba se levantó con ruido sordo y pudo oír el tono bronco de unos hombres con la entonación elevada de unas mujeres; comprendió que se dirigían a andar a lo largo del camino. Para verlos irse se acercó a la ventana; la luna estaba sobre el mundo como una flor de luz. Pero abajo, en la sombra, se veía una especie de tela negra colgando de las yerbas altas y de los árboles. Las casas en el sendero estaban blancas, como edificadas en una región misteriosa. Aquí cerca se oía el zumbido de los zancudos, allá lejos el eco de una voz que cantaba... La tertulia de invitados pasaba abajo en el patio. Se oyó una broma con burla, después una manotada y una risa bulliciosa. Cuando se detuvo en la ventana oyó que alguien abría la puerta y se paraba en el umbral.

—¿Vas a venir, Dominga?—preguntó una voz. El anciano trató de oír la contestación: pensó que daba importancia a las cosas más pequeñas. Buscaba algo con que pasar el tiempo a la manera del viajero en la estación de ferrocarril que observa las cosas más triviales mientras espera el tren que lo ha de llevar al fin del mundo.

—¿Vas a venir, Dominga?—la voz se volvió a oír, pero no hubo contestación. «Está bien, si no quieres no vengas»—oyó decir una voz irritada y luego, el

que así hablaba salió al camino andando con cólera. Entonces en el reconoció la figura de Llaguno que siempre tenía disgustos con su mujer, luego comprendió con satisfacción que vagamente se había distraído con este pequeño incidente. Desde el camino llegaba el agudo grito de una de las muchachas que había salido, luego un coro de risas. Y pensando en Cabarga y en la muerta, se le vino el recuerdo de la relación del hombre y la mujer. No tenía palabras para ello, porque *amor* era término que él creía debería estar confinado a libros de historietas, era una palabra de la que debería tenerse desconfianza como de una voz afectada. Era un signo de mofa; de tal relación (de hombre y mujer) él tenía una idea vaga. Él pensaba de ello como de un entrelazado de hilos uniendo a dos personas y como una tela que fuese débil y fácil de romperse; o como un juego de cuerdas que trabajasen con nudos hasta llegar a hacer un enredo capaz de hacer perder la razón a aquellos cogidos en él. Esto le enseñaba como las cosas bellas, de infinita gracia, palabras suaves, en una noche de junio, vagos vaivenes bajo la luz de la luna, embarazosas manos unidas, pudiesen llegar a ser—como en el caso de Cabarga y la muerta—una cosa de malevolente fuerza, una cosa de silencio siniestro, una sombra de duda que conturbaba.

Y entonces con un golpe, sintió o pensó descubrir en él mismo una especie de delito, pero se olvidó de aquello para pensar cuán pacífico será para un muerto reposar a la luz de la luna y no en un oscuro cuarto con seis candelas en la cabecera y muchas sillas al rededor. Le pareció extraño finalmente que Cabarga, en vez de venir como amante feliz, viniese como un vengador a asesinar a su rival. Cancio entró entonces. Había un gesto de enojo en su rostro, con modo agresivo.

—Te repito, José Ramón, nosotros debemos prevenir esto. Es lo que debemos hacer. El viejo no contestó.

—De cualquier modo, yo debo ir al pueblo por la autoridad aunque no quieras vos.

José Ramón sintió lástima por Cancio. La idea de obtener un gendarme de la policía para prevenir la tragedia que se aproximaba le pareció ridícula.

Se imaginó un niño que se opusiera contra una tempestad.

—¿Cómo sabes, Daniel, que Cabarga va a venir?—le preguntó por fin.

—Llaguno, el contratista, lo vió y habló con él. Dice que anda diciendo que te va a venir a matar hoy...

—¿Saben algo de eso en la cocina?

—No, nada. (Hubo una pausa larga).

—Está bien, óyeme un momento. Andate y no digas nada, ni una palabra. ¿Comprendes? ¿No crees que sería un adisparatado hablarle a la autoridad y que él no viniera? De todos modos, si él viene, yo voy a arreglarlo todo y si no puedo, te voy a llamar. ¿Crees que es lo mejor?

Cuando la puerta se hubo cerrado para dar paso a Cancio, José Ramón comprendió que había abandonado el último recurso. Tendría que luchar solo

contra el destino. Estaba seguro que Cabarga cumpliría su ofrecimiento; y entonces sintió una especie de curiosidad de cómo iba a pasar aquello, ¿iría a ser con las manos o con un revólver? Él esperaba que fuese con un revólver; la idea de meterse a las manos con aquel hombre joven y fuerte lo llenó de extraño terror. El pensamiento de que dentro de diez minutos o media hora o dentro de una hora podría estar muerto, no había pasado por él todavía, era el acto físico el que lo espantaba. Se sintió como si se encontrara terriblemente solo y un aire frío empezó a soplar y a penetrar en cada uno de sus poros. Hubo una contracción en los huesos del pecho y un escalofrío en los hombros. Lo que él iba a defender era la idea de la muerte, como si de una alta torre bajara a un insondable y oscuro abismo. Se levantó y fue a la ventana, luego miró hacia el lado de la cocina. Desde una hendidura en un lado de los postigos venía un hilo de luz de candela; comprendió que allí estaban unos hombres jugando dinero para pasar el tiempo. Luego se hizo más grande su terror; el frío en la cocina había disminuido considerablemente. La mayoría de los invitados se habían retirado y aquellos que aún permanecían, parecían somnolientos y amodorrados sobre el fuego. Después sintió un deseo de abalanzarse sobre ellos y suplicarles que lo protegieran y escondieran detrás de sus espaldas y acercarlos al rededor suyo en un círculo sólido. Luego pensó que los ojos de ella estaban en su espalda mirándolo y entonces sintió miedo de volver la vista por temor de encontrarse con aquella mirada. Ella siempre lo había respetado y él no quería perder su respeto ahora y el miedo de que podría perderlo cayó sobre sus hombros como un peso e hizo rechinar el tacón de sus zapatos sobre el piso. Y entonces alumbró en él la idea de la gente que asesina, de las tropas peleando con ímpetu en las trincheras; de los hombres que salvan las puertas de una cárcel en la oscuridad y de una figura que él había visto en un libro, una siniestra figura con una hacha y una careta negra... Cuando miró abajo del patio vió una persona abrir la puerta dirigiéndose a donde él. Parecía un hombre que andaba despacio y cansado. El adivinó al momento que era Cabarga. Por fin, aquel abrió la puerta de la cocina, luego parecía que se dirigía lentamente a donde él. Después se hizo borroso en la sombra y volvió a aparecer vagamente. El viejo sintió que la pulsación de su corazón era como el tic-tac de un reloj. Se sentía en sí tan estrecho, que casi no podía respirar; anduvo inconscientemente unos pasos, la luz que venía desde el dormitorio corría en un extenso cauce. Se paró en ella como en un río.

—¿Está muerta? Oyó decir derrepente. Y entonces adivinó que Cabarga estaba detrás de él. El ala del sombrero del visitante despedía la sombra adelante de sus ojos; se miraba en la sombra unas manos metidas en los bolsillos del saco. Entonces el viejo dió vuelta y le dijo: «Se murió: tú lo sabías, no lo sabías